

Conocerse, perderse, re-encontrarse. Proceso de integración y transformación en Teresa de Ávila

MARÍA ROSAURA GONZÁLEZ CASAS, STJ
Universidad Gregoriana (Roma)

1. INTRODUCCIÓN

En este artículo presento a través de la alegoría del gusano de seda, que Teresa de Jesús utiliza en sus escritos, el proceso del desarrollo de la propia identidad de mujer transformada en Cristo. Ella como buena pedagoga y madre, solo escribía lo que había experimentado¹, así que nos encontramos ante una narrativa experiencial que nos revela cómo a través del proceso de conocerse, perderse y re-encontrarse descubre y ensancha el sentido de la propia identidad y vocación².

¹ Julián de Ávila, el capellán de las fundaciones teresianas, declara en los procesos de beatificación: «porque lo que ella dice todo lo supo de experiencia. Y bien se deja entender que entre tantos que lo escriben de ciencia, haya quien lo escriba de experiencia, pues hay tan gran ventaja de lo uno a lo otro» S. DE SANTA TERESA, *Biblioteca Mística Carmelitana*, I, (Burgos: Monte Carmelo, 1933), 222.

² Para quien desee profundizar en este tema: M^a-R., GONZALEZ CASAS. *La fuerza de la mujer en Teresa de Jesús*, (Buenos Aires, 2007). Así como en la reedición en inglés M^a-R., GONZALEZ CASAS. *Teresa of Jesus. Woman. Prophet. Mystic*, (Washington DC, 2020).

A la luz de una relación personal que era la razón y el sentido de su vida, presenta la evolución en el conocimiento y aceptación de sí misma. Este «trato de amistad» con Jesús se desarrolló en su vivir cotidiano y en los encuentros de oración diaria en los que incluía a los demás; la comunidad, las amigas y amigos, así como los desafíos de la realidad eclesial de su tiempo.

En la relación con Cristo, ampliaba la conciencia de quién era, de cómo se comportaba y dónde estaba ubicada. Se conocía a sí misma desde la experiencia relacional, no desde conceptos y teorías. No se trataba de una relación que la enajenara de la realidad, al contrario, a través de ella se da la transformación del sujeto y el compromiso con la realidad histórica como fruto de esa experiencia³. Caía en la cuenta de que en su interior estaba Dios, que era su morada, y que esta verdad era la condición antropológica de todo ser humano. Su naturaleza de creatura de Dios y de castillo donde mora tan gran Rey, le impulsaba a salir de sí y dejar atrás algunos comportamientos y actitudes que la separaban de su llamada interior a reflejar en su vida, como en un espejo, la presencia de Cristo (V 40.5). Estas pérdidas le hacían entrar en ansiedad, en una lucha dialéctica profunda que no siempre resolvía con decisiones de crecimiento hacia delante. A veces retrocedía, se detenía, daba vueltas en torno, pero ayudada por la gracia de Dios, avanzaba poco a poco hacia la libertad, dando saltos cualitativos de crecimiento. Ella misma percibía su gran cambio: «entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella ni su figura» (M5.2.8)⁴. Su narrativa nos manifiesta que, siendo la misma,

³ En el siglo XVI y aún en nuestro siglo, abundan ejemplos de experiencias religiosas que se enfocan en el sentir, en el éxtasis o la catarsis. A. Godin, presenta la experiencia —*Erfahrung* en alemán— como una experiencia que transforma al individuo, lo lleva a renunciar a sus deseos, a sus necesidades inmediatas para trascenderse en los deseos y valores de Dios. Cf. A. GODIN, *Psicologia delle esperienze religiose. Il desiderio e la realtà*, (Brescia, 1983), (título original: *Psychologie des expériences religieuses. Le désir et la réalité*, (Paris, 1981).

⁴ Las citas son de la edición crítica de las Obras de Santa Teresa revisadas por T. Álvarez, ocd. Cf. T. ALVAREZ, *Obras Completas de Santa Teresa*, (Burgos, 2002). Las siglas y abreviaciones de sus libros son: CAD *Conceptos del Amor de Dios*, C *Camino de Perfección*, CV *Códice de Valladolid*, CE *Códice*

tiene una nueva identidad, y que su estructura interior es cualitativamente diversa de cuando había iniciado este camino. Advertía que realizaba lo que antes no podía hacer⁵. Se sabía la misma persona; sin embargo, su respuesta a las llamadas del Señor y su gracia, la habían transformado, se veía ¡tan distinta! «Yo os digo de verdad que la misma alma no se conoce a sí; porque, mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposa blanca, que la misma hay acá» (M 5.2.7).

Teresa, en sus escritos, hace una invitación para que todos vivamos esta aventura de transformación en Cristo. Hay innumerables aspectos que se pueden abordar al respecto, sin embargo, me voy a concentrar presentando el tema que nos concierne en dos apartados: el primero está focalizado en los tres hitos cíclicos que se dan a lo largo del proceso: conocerse, perderse y re-encontrarse, que llamaré la mística del barro, porque toca las profundidades y miserias más hondas del ser humano. En el segundo apartado abordaré la dinámica interna que impulsa el desarrollo de este proceso, donde se podrán identificar de modo más preciso los cambios que va viviendo la persona que entra en este camino.

2. CONOCERSE, PERDERSE, RE-ENCONTRARSE: LA MÍSTICA DEL BARRO

Con la alegoría del gusano de seda, Teresa introduce no solo la posibilidad de una vida nueva que se gesta a través de la relación con Cristo, sino también la llamada interior a desarrollar una plenitud que está inscrita como germen antropológico en toda persona humana. La imagen de la metamorfosis del gusano de seda representa bien cómo este gusano tiene inscrito genéticamente en sus células un impulso innato hacia la plenitud de su ser: la posibilidad de llegar a ser mari-

del Escorial, E Exclamaciones, M Las Moradas del Castillo Interior, P Poesías, V Libro de la Vida.

⁵ «La flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte; el atamamiento con deudos o amigos o hacienda (que ni le bastaban actos ni determinaciones, ni querer apartar que entonces le parecía se hallaba más junta), ya se ve de manera que le pesa estar obligada, a lo que para no ir contra Dios, es menester hacer» (M 5 2.8).

posa. De la misma manera, el ser humano tiene inscrita en su propia naturaleza antropológica la llamada interior a ser como Cristo. No se trata de un concepto teórico externo, «somos imagen de Dios», no. Teresa parte de la experiencia de un Dios que vive en ella, y se siente impelida a reflejar su luz y su presencia como en un espejo⁶.

El proceso de transformación que presenta Teresa de Jesús comprende la totalidad del ser humano, no se trata, como a veces se ha entendido, de un proceso espiritual separado de la historia concreta y personal. Este proceso involucra a toda la persona existencialmente y todas sus áreas: el alma, el cuerpo, los sentidos, las potencias, las relaciones, es decir, se trata de una metamorfosis que se da en la totalidad del ser humano y en su vivir histórico y concreto.

Pues bien, esta metamorfosis se inicia a través de un proceso de conocimiento personal que tiene como principio la verdad y honestidad de sí misma frente a Dios. Este conocerse, reconocerse y apropiarse de sí misma, es posible desde una perspectiva relacional de trascendencia, que la saca de la tentación de vivir centrada sobre sí misma⁷, en una visión egocéntrica, de un conocimiento que ella llama «ratero y cobarde» (M 1.2.11). La santa de Ávila, invita a sus lectores a conocerse desde la anchura y hondura de Dios, en la relación con Cristo que nos invita a seguirlo. Como consecuencia de ello, vendrán las decisiones de muerte del propio ego, la aceptación de los límites, las enfermedades, los sufrimientos, las persecuciones y la soledad. Se trata de una mística que entra en nuestro propio barro⁸, una mística

⁶ «Estando una vez en las Horas con todas, de presto se recogió mi alma, y parecióme ser como un espejo claro toda, sin haber espaldas ni lados ni alto ni bajo que no estuviese toda clara, y en el centro de ella se me representó Cristo nuestro Señor, como le suelo ver. Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo —yo no sé decir cómo— se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa» (V 40.5).

⁷ «Si nunca salimos de nuestro cieno de miserias, es mucho inconveniente» (M 1.2.10).

⁸ Este término «la mística del barro» lo he escuchado a un teresianista Antonio Mas. No lo cita en ningún libro, pero lo considero una expresión muy agradecida para lo que aquí se pretende. Dios entra hasta lo más profundo de nuestro

que considera que todos los aspectos humanos se unen al misterio Pascual de Cristo en la dinámica de muerte-vida.

«Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que sólo Él pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, que dicen que es a manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído, y así si algo fuere torcido no es mía la culpa), con el calor, en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir; que hasta que hay este mantenimiento de que se sustentan, se está muerta; y con hojas de moral se crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran; y acaba este gusano que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca, muy graciosa» (M 5.2.2).

2.1. *Conocerse: «Comienza a tener vida este gusano» (M 5.2.3)*

2.1.1. Conocimiento de sí desde una perspectiva antropológica de trascendencia

Como parte fundamental del proceso de encuentro con Cristo, Teresa pone la base en el conocimiento propio: «No es pequeña lástima y confusión que por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos ni sepamos quiénes somos [...]. Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos» (M 1.1.2). Podríamos decir que, en su propuesta, este conocerse a sí mismo es una condición sin la cual no se puede ir adelante porque, para ella, el conocimiento personal «es el pan con que todos los manjares se han de comer» (V 13.15). Se conoce en el espacio relacional con Dios: «nos crió⁹ a su imagen y semejanza» (M 1.1.1). Es el mismo Dios que, en la relación, le revela su propio misterio divino, en quien reconoce su identidad, donde se ve pintada¹⁰. «Pues ¿qué tal

barro, no se asusta de nuestras miserias y pecados, los acoge, los asume, y si queremos, nos ayuda a transformarlos.

⁹ Nótese que dice nos crió y no, nos creó. Para Teresa Dios no solo es Creador, sino también es quien cría a sus creaturas.

¹⁰ «Que yo sé que te hallarás/ en mi pecho retratada,/ y tan al vivo sacada,/ que si te ves te holgarás,/ viéndote tan bien pintada» (P 8).

os parece que será el aposento a donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita»? (M 1.1.1).

Reconoce la «grandeza y hermosura de un alma»¹¹. Sin embargo, al mismo tiempo, descubría, por contraste, su propia condición de vulnerabilidad antropológica, hecha de barro: «jamás nos acabamos de conocer si no procuramos conocer a Dios; mirando su grandeza, acudamos a nuestra bajeza, mirando su limpieza veremos nuestra suciedad» (M 1.2.9). Conocerse frente a Dios le implicó bajar a la hondura de sí misma y reconocer no solamente su gran dignidad, sino también su miseria y fragilidad, generando en ella una humildad de base que le hacía verse como «hechura de sus manos» (Ex 8.3), como creatura que todo lo recibe: «cosa buena que hagamos no viene su fuente de nosotros, sino de esta Fuente a donde está plantado este árbol de nuestras almas, y de este Sol que da calor a nuestras obras» (M 1.2.5). Con esta humildad de base, Teresa inicia su camino hacia la verdad de sí misma; un camino de gratitud y libertad, un camino que se transita en su grandeza y miseria. Su vocación es un don que le viene revelado precisamente de este conocerse desde una perspectiva autotranscendente de amor y de fe hecha experiencia.

2.1.2. Conocimiento de su dinámica personal

Hay momentos fundamentales que aparecen en los escritos de Teresa en los que reconoce algunos aspectos de su propia dinámica repetitiva: el apego afectivo, los gustos, las amistades que no le ayudaban a seguir las llamadas de Dios. Experimentaba el peligro de una vida mediocre en la que se vio inmersa por más de dieciocho años. Vivía una lucha que le daba gran sufrimiento y robaba todas sus energías:

«En la oración entendía más mis faltas. Por una parte me llamaba Dios; por otra yo seguía al mundo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios; pero teníanme atada las del mundo. Parece que quería concertar estos dos contrarios —tan enemigo uno de lo otro— como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales. En la oración pasaba gran trabajo, porque no andaba el espíritu señor, sino esclavo;

¹¹ «Basta decir su Majestad que es hecha a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima» (M 1.1.1.).

y así no me podía encerrar dentro de mí (que era todo el modo de proceder que llevaba en la oración) sin encerrar conmigo mil vanidades» (V 7.17).

Esta mujer castellana no se autoengaña, se acepta con honestidad y sin ambigüedades. Sin embargo, experimenta la dificultad para dejar sus costumbres y tendencias: «a pesar de que ya estaba mi alma cansada y aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía» (V9.1). Solo la ayuda de Dios y su gracia la podrán remediar para salir de esas «ruines costumbres». Es el momento de la conversión y la rendición total. La experiencia de un encuentro personal con el Cristo sufriente¹² le lleva a tomar la decisión de abandonarse y entregarse sin reservas al amor de su vida.

En el libro del *Castillo Interior*, la autora presenta este paso de aceptación y apropiación de la pobreza personal como un salto cualitativo fundamental para el crecimiento en la libertad. A partir de este momento deja actuar a Dios en su pobreza y miseria. Esta experiencia le hace descubrir la gratuidad del amor de Dios. Cae en la cuenta de que las obras no la justifican ni frente a los demás, ni frente a Dios. Solo el amor de Dios es el que justifica. La certeza de sentirse amada en gratuidad, a pesar de sus limitaciones, le impulsa a salir de sí, a dejar nidos y guaridas para vivir en la desprotección, a la intemperie y en el riesgo de iniciar un nuevo camino de abandono. Ella afirma que muy pocas personas pasan de las terceras a las cuartas moradas en las que se da la muerte del yo, porque «no nos hemos dejado a nosotras mismas» (M 3.2.9)¹³.

¹² «Mas esta postrera vez de esta imagen que digo, me parece me aprovechó más, porque estaba ya muy desconfiada de mí y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije entonces que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (V 9.3).

¹³ «Las penitencias que hacen estas almas son tan concertadas como su vida; *quíerenla mucho* para servir a nuestro Señor con ella [...]. No hayáis miedo que se maten porque su razón *está muy en sí*, no está aún el amor para sacar de razón» (M 3.2.7). La falta de desprendimiento de sí, hace que se camine «muy cargadas de la tierra de nuestra miseria» (M 3.2.9).

Sin embargo, como nuestra santa es una persona que hila muy fino, se da cuenta de que esta dinámica podía continuar de una manera más sutil y nos cuenta cómo fue sanada a través de la «visión imaginaria de la Humanidad de Cristo» que se encuentra en el libro del *Castillo* (M 6.9.3-4), y en el libro de la *Vida* (V 37.4). En ella describe detalladamente las implicaciones personales que tuvo esta experiencia. En la relación con Cristo se ha involucrado toda su dinámica afectiva de manera total e intensa y este encuentro ha sido mucho más poderoso que las experiencias del pasado, y tiene tal fuerza que además de no olvidarla nunca, la ha cambiado definitivamente:

«De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día, porque para esto bastaba sólo una vez, ¡cuánto más tantas como el Señor me hace esta merced! Quedé con un provecho grandísimo y fue este: tenía una grandísima falta de dónde me vinieron grandes daños, y era esta: que como comenzaba a entender una persona me tenía voluntad y si me caía en gracia, me aficionaba tanto, que me ataba en gran manera la memoria a pensar en él, aunque no era con intención de ofender a Dios, mas holgábame de verle y de pensar en él y en las cosas buenas que le veía. Era cosa tan dañosa que me traía el alma harto perdida. Después que vi la gran hermosura del Señor, no veía a nadie que en su comparación me pareciese bien ni me ocupase; que con poner un poco los ojos de la consideración, en la imagen que tengo en mi alma, he quedado con tanta libertad en esto, que después acá todo lo que veo me parece asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía» (V 37.4).

Este encuentro sanó su memoria afectiva¹⁴, y, al mismo tiempo, liberó sus afectos, emociones, su modo de amar y reaccionar; en suma, tocó las raíces más hondas de su personalidad, haciéndola más semejante a Cristo y capacitándola para amar así como ha sido amada.

2.1.3. Conocimiento de sí dentro de un contexto eclesial

Se reconoce a sí misma como mujer, en un contexto social y eclesial donde las mujeres no eran tomadas en cuenta. En medio de suspicacias

¹⁴ Estas predisposiciones son las marcas que aparecen en las tendencias de la personalidad y que se han inscrito en la historia familiar y cultural de las personas. Cf. M. ARNOLD, *Feelings and Emotions*, The Loyola Symposium, (New York: Academic Press. 1970), 173-177.

y sospechas hacia las mujeres y en particular hacia ella, que cuando se encontraba en plena Reforma del Carmelo fue recluida en el monasterio de Toledo bajo pena de excomunión. Comprendemos entonces la queja¹⁵ que lanzó contra los jueces de este mundo, poniendo como modelo la actitud de Jesús hacia las mujeres porque Él es un justo juez:

«Ni aborrecisteis Señor de mi alma, cuando andábais por el mundo, *las mujeres*, antes *las favorecisteis siempre* con mucha piedad y *hallasteis en ellas tanto amor y más fe que en los hombres*, pues estaba vuestra sacratísima Madre en cuyos méritos merecemos —y por tener su hábito— lo que desmerecimos por nuestras culpas. ¿No basta, Señor, que *nos tiene el mundo acorraladas...*¹⁶ que *no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto*, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor por vuestra bondad y justicia, que sois juez justo y *no como los jueces del mundo, que —como son hijos de Adán, y en fin todos varones— no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa*. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocida el mundo mi ruindad y yo holgado que sea pública; sino porque veo los tiempos de manera que *no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres*» (CE 3.6).

El fuego apostólico la quemaba y despertaba profundos deseos de anunciar el Reino, y «ser parte» de la misión pública de la Iglesia colaborando en la «salvación de las almas», pero la cultura de su tiempo no se lo permitía por ser mujer y sufre por ello: «si es mujer, se aflige del atamamiento que le hace su natural porque no puede hacer esto, y ha gran envidia a los que tienen libertad para dar voces, publicando quién es este Dios de las Caballerías» (M 6.6.3). Se siente atada con «cadenas que le impiden volar a donde querría» (M 6.6.4). Sin embargo, a través de su experiencia de transformación en Cristo, supera las constricciones que la sociedad y la cultura eclesial le imponían por su

¹⁵ Este fragmento del texto autógrafo fue totalmente cancelado por los censores de la primera redacción del *Camino de Perfección* y recuperado en las investigaciones posteriores sobre los originales (1964 CV y 1984 CE). Cf. T. ÁLVAREZ, «Santa Teresa y las mujeres en la Iglesia: Glosa al texto teresiano de Camino» 3, *Monte Carmelo* 89, (1981),121-132.

¹⁶ Los puntos suspensivos se refieren a la presencia de una palabra ilegible en el autógrafo.

condición de mujer. En medio de persecuciones e incomprensiones, llegó a ser un nuevo paradigma de mujer para la Iglesia y la sociedad de su tiempo, como veremos más adelante.

2.2. *Perderse: «comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo» (M 5.2.4)*

En la muerte del gusano, la autora incluye todas las pérdidas por las que la persona tiene que pasar para entrar en el proceso de transformación en Cristo y que tienen como objeto las decisiones que debe tomar para morir a todo aquello que le impide amar a Dios y al prójimo. Estas pérdidas implican renunciaciones, desapegos, dejar las atracciones exteriores y abrirse a la escucha del Espíritu, aceptar las propias limitaciones y defectos, morir¹⁷ al «amor propio y propia estimación» (M5.3.6) para abrir el corazón a un amor total y sin reservas. Podemos decir que al mismo tiempo que muere al viejo yo, comienza a nacer uno nuevo:

«¡Ea, hijas mías!, prisa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, *quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra*, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis; [...] ¡Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fue criado!, y veréis cómo vemos a Dios y nos vemos tan metidas en su grandeza como lo está este gusanillo en este capucho» (M 5.2.6).

Esta determinación de morir a sí misma le da una gran libertad para profundizar en la relación con Cristo, a quien desea entregar todo¹⁸, tanto en el amor humano, como en el amor divino. Es el momento de morir al viejo yo centrado en sí. No se trata solo de encerrarse para vivir las virtudes del evangelio y decidirse a hacerlo, se trata de entregar todo en ello con una rendición absoluta al amor¹⁹.

¹⁷ Se refiere aquí a la muerte del yo centrado en sí mismo.

¹⁸ «Mas mirad, hijas, que para esto que tratamos no quiere que os quedéis con nada; poco o mucho, todo lo quiere para sí» (M5.1.3).

¹⁹ B. Lonergan habla de la conversión religiosa que tiene mucho que ver con lo que Teresa presenta. Cf. B. LONERGAN. *Il Metodo in Teologia*, (Brescia, 1975), 256-257.

Conforme avanza en la intimidad con Dios, se va transformando y crece esta donación. Las señales del amor de Dios le hacen salir de sí, y deshacerse en el servicio amoroso, se siente dispuesta a vivir en el desierto o en medio del mundo y «ser parte para que una alma alabase más a Dios» (M 6.6.3). Participa más incisivamente su cuerpo: sintiendo, padeciendo y gozando como mujer. «Suele dar el Señor enfermedades grandísimas» (M 6.1.6) y pueden ser tan intensos los dolores, que prefiere cualquier martirio para que el dolor pase más rápido. Sin embargo, esta enfermedad continuada a lo largo de la vida (M 6.1.7), más de 40 años con enfermedades, la pone en relación con su cuerpo y sus límites. Teresa propone vivir este aspecto de sufrimiento «padeciendo» con Cristo. Por medio de su cuerpo se une a la Humanidad sufriente de Cristo.

Nuestra autora, en el proceso de conocerse, descubre una «*flaqueza*» que se puede dar en la relación con Cristo y lo explica así: «con alguna fuerza de espíritu sobrepajar al natural y quedarse así embebiadas» (M 6.4.9). Esto se da porque en la soledad, ha quedado muy vulnerable y sensible a la más mínima señal de la presencia de Dios, que llama «noticias» (palabras, recuerdos, imágenes, canciones). Se puede caer en el deseo de «estarse allí siempre gustando» (M 6.7.13). Confiesa que alguna vez le pasó esto, cuando hizo a un lado la Humanidad de Jesucristo, por los consejos que le dieron sus confesores de alejarse de lo corpóreo: «andarme en aquel embebecimiento, aguardando aquel regalo» (M 6.7.15). Hace la invitación para «salir de ese engaño y desembeberos con todas vuestras fuerzas» (M 6.7.13). Aconseja mirar los trabajos de Cristo: «Créanme y no se embeban tanto —como ya he dicho en otra parte— que es larga la vida, y hay en ella muchos trabajos, y hemos menester mirar a nuestro dechado Cristo, cómo los paso y aún a sus apóstoles y santos» (M 6.7.12).

En la relación con los otros, la muerte y purificación de sí misma las llama penas externas, o «grita» (M 6.1.3), tanto de sus monjas, como de confesores y amigos. Consiste en críticas, murmuraciones, acusaciones, dudas y mil maneras de mofas y de dichos (M 6.1.3). Y esto, por toda la vida. La liberación viene, cuando va dejando de lado «la honra», que hoy diríamos la imagen de sí. Cuando descubre

el bien que recibe de estas murmuraciones y mofas, se despierta el amor a los enemigos:

«Cuando ya le viene a no tener mucho de esto [...] le es como una música muy suave [...] antes fortalece el alma que la acobarda [...] enseñada de la gran ganancia que le viene por este camino y parecele que no ofenden a Dios los que la persiguen, antes [...] tómales un amor particular y muy tierno, que le parece aquellos son más amigos y que le dan más a ganar que los que dicen bien» (M 6.1.5).

También habla de penas internas, «sequedades» (M 6.1.8), «desabrimientos» (M 6.1.13), incomprensiones y desconfianza de sus confesores que hacía crecer en ella la inseguridad y el miedo a estar engañada, probando una angustia casi «insufrible» (M 6.1.8). La única cosa que le ayudaba era abandonarse a la misericordia de Dios, aunque «la mala condición en lo exterior se echa mucho de ver» (M 6.1.13).

La muerte a sí misma conlleva casi simultáneamente el inicio de una vida nueva, por eso Teresa habla de una «muerte sabrosa»²⁰, una muerte que hace vivir, porque en ella está la vida. Se trata de una pérdida para una ganancia mayor y lo expresa así: «Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. Él viva y me dé vida» (E 17, 3). Esta experiencia de morir a sí misma es un proceso continuo que permite la transformación de la persona hasta vivir la unión con Cristo: que Él sea en ella y ella en Él, como lo expresa el evangelio de Juan: «que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21).

2.3. *Re-encontrarse: «sale una mariposita blanca» (M 5.2.7) «hanle nacido alas» (M 5.2.8)*

Esta última etapa del proceso implica la «unión regalada», es decir, la muerte en unión con Cristo le ha traído regalos y se manifiestan en la vida nueva que recibe, una vida trasformada «que no parece ella ni su figura». Se descubre a sí misma distinta. Se ha dado un proceso

²⁰ «como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir más en Dios, que así es: una muerte sabrosa» (M 5.1.3).

de continuidad en el que, reconociéndose como la misma persona, se ve a sí misma tan diferente y plena: «mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposa blanca, que la misma hay acá» (M 5.2.7). ¡Ahora puede volar!

2.3.1. Re-encontrarse desde una perspectiva antropológica de trascendencia

Es a partir de las cuartas moradas cuando vive un camino que va hacia la integración y la unidad de sí, considerando que su cuerpo, sentidos, afectos, memoria inteligencia y voluntad están involucrados en la relación con Dios y en la respuesta a sus llamadas. Por ser mujer, en lo que toca al modo de sentir y vivir la ternura, la compasión, la solidaridad, el desapego estará marcado por su identidad femenina. La metamorfosis en el modo de sentir, vivir y entregarse comprende toda su humanidad.

Se re-encuentra a sí misma más libre, dice que puede volar y esto significa que ahora está más fuerte y clara en lo que quiere vivir. Le mueve el fuego del amor, y un nuevo horizonte está ante sus ojos. Tiene una nueva forma de ver la vida que va más allá de las apariencias, una sabiduría y conocimiento nuevo²¹. Sus afectos se han descentrado de sí, convirtiéndose hacia el amor de Dios y del prójimo. Es una persona enamorada que se ha entregado y tiene «una gran voluntad de hacer algo por Él» (M 4.3.9).

Un claro efecto es el amor al prójimo y la pasión por «salvar muchas almas de las que se pierden» (CP 3.9). Para Teresa, la persona que se identifica con Cristo sufre unida a Él por amor y en compasión solidaria «la muy grande [pena] que le da de ver que es ofendido Dios y poco estimado en este mundo y de las muchas almas que se pierden» (M 5.2.10). Se inicia un conocimiento interno de Jesús, y de empatía con sus sentimientos: «¿qué sería el sentimiento de nuestro

²¹ «Cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale por otra manera y da una luz en el conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces sin saber cómo queda muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias» (M 4.3.6).

Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre?» (M 5.2.14). Quiere entregarse como Él para salvar al menos algún alma de las muchas que se pierden.

Esta mudanza interior ha implicado alteraciones y cambios en su propia dinámica personal, como ya hemos visto. Los encuentros de intimidad y unión con Cristo la disponen a vivir compartiendo en lo cotidiano su vida, dolores e intereses por la salvación de las almas y manifestando esta solidaridad con Él, en el amor a las hermanas de su comunidad, «compadeciéndose» e implicándose de manera que ella pueda sentirlo y unirse así con Jesús: que «te duela a ti», «que ayunes para que ella lo coma». Un amor de hermana que se hace concreto con actitudes de «cuidado materno» y que tiene como horizonte el interés por la salvación de las almas.

«Obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello. Esta es la verdadera unión con su voluntad» (M 5.3.11).

«Le han nacido alas», puede ¡volar! Amar con un corazón libre, capaz de amarlo todo, todos, todas, amar como ella ha sido amada²².

2.3.2. Re-encontrarse desde la perspectiva eclesial-cultural

La fidelidad de Teresa de Jesús a su llamada vocacional la llevó más allá de muchas de las constricciones que, por su condición femenina, la sociedad y la cultura de su tiempo le imponían. Presentó una nueva imagen de mujer, que partía de las raíces más profundas de la dignidad humana. Sabía y creía en una antropología teológica común: «criada a imagen y semejanza de Dios» (M 1.1). Su identidad de mujer transformada a imagen de Cristo la impulsaba a ir más allá

²² Cfr. CASALDÁLIGA P., Poema: El amor amado a cuerpo entero: *No es que dejéis el corazón sin bodas; habréis de amarlo todo, todos, todas; discípulos de aquel que amó primero*. <https://centroarrupevalencia.org/el-amor-amado-a-cuerpo-entero/> (consultada el 24 de octubre 2021).

de lo que permitía la situación histórico-eclesial en la que se encontraba la mujer de su tiempo, acarreándole no pocas persecuciones e incomprensiones, como por ejemplo la del Nuncio Segá, que se expresaba así de ella: «Fémina inquieta, andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventaba malas doctrinas, andando fuera de la clausura, contra el orden del concilio tridentino y preladados, enseñando como maestra, contra lo que san Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñasen»²³. Sin embargo, su horizonte era mucho más amplio y lograba ver más allá de estos condicionamientos socio-históricos. Con la Reforma Carmelitana, llegó a proponer un estilo de vida que, lejos de alejarse del compromiso histórico del evangelio, se convertiría en levadura de una transformación social y eclesial que ha llegado hasta nuestros días. Por esto, su profetismo como mujer en la Iglesia es vivo y actual. Ella, como María en el Magnificat, reconoce su situación de pequeñez y marginación por el hecho de ser mujer, y pide a Dios que haga ver su Poder en los pequeños de la tierra (M 6.6.4).

En ella podemos ver un nuevo paradigma de lo que significaba ser mujer en su tiempo. Sus escritos y testimonio siguieron interpelando a la Iglesia durante cuatro siglos, hasta llegar a proclamarla doctora universal²⁴. De esta manera, se reconocía pública y oficialmente que la mujer es igual al varón en el nivel religioso y espiritual, y que los condicionamientos para reconocer o no esta verdad provienen de valoraciones histórico-culturales.

²³ F. DE SANTA MARÍA, «Reforma de los descalzos», I, IV, c.30, n.4, 661, en T. ÁLVAREZ, ed., *Diccionario de Santa Teresa*, (Burgos, 2002), 1149.

²⁴ Durante cuatro siglos se discutió si una mujer podía ser doctora de la Iglesia, la razón: «obstat sexus». Karl Rahner dice al respecto: «Su declaración como doctora de la Iglesia demuestra que si antes no se reconoció este título a las mujeres no fue debido a la falta de mujeres dignas de tal título sino a la actitud de no conferirlo por razones nacidas precisamente de una valoración histórica y cultural de la mujer. Con esta proclamación ha quedado claro el texto de 1 Cor 14,34 como norma del apóstol condicionada por su tiempo y justificada para ese mismo tiempo». K. RAHNER, «La experiencia personal de Dios más apremiante que nunca», Teresa de Jesús Doctora de la Iglesia, *Revista de Espiritualidad*, (1970), 22.

3. DINÁMICA DEL PROCESO

El hilo que conduce y dinamiza este proceso tiene tres ejes que están íntimamente relacionados entre sí: el aspecto relacional o «trato de amistad con Dios»²⁵, la lucha interior que experimenta como una fuerza contraria a su deseo de profundizar en esta relación, y los saltos cualitativos de crecimiento personal como consecuencia de su respuesta a las «llamadas de Dios». Como hemos dicho, estos saltos de crecimiento no son lineales, sin embargo, su disponibilidad va creciendo gradualmente hacia una donación total en la que ella se da cuenta de que está más disponible para cosas que antes no lo era: «Porque la flaqueza que antes le parecía tener [...], ya la halla fuerte» (M 5.2.8). Estos tres ejes se encuentran presentes transversalmente a lo largo de toda la narración teresiana.

3.1. *Aspecto relacional*

Ya hemos dicho que Teresa de Jesús descubrió el sentido de su vida a través de una relación existencial con Dios. Sabe por experiencia propia que la insatisfacción y deseo de cambio no bastan para desencadenar un proceso: es necesaria una relación²⁶ de amor que involucre las emociones y afectos de la persona para que se pueda despertar un movimiento de atracción en el que se compromete totalmente. El saberse amada de Dios, y el gran deseo de su amistad liberan esa fuerza interior que necesitaba, y le dan ánimo para entrar en relación con Dios y soportar la pena de estar frente a Alguien tan diferente de ella y que la conoce: «porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos» (V 8.5).

Desde el punto de vista psicológico, la relación con Dios funciona como un elemento estructurante de la maduración humana²⁷. Esto lo

²⁵ Teresa habla de una relación existencial con Dios: «tratar de amistad estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama» (V 8.5).

²⁶ Qui entra l'alterità come una mediazione dello sviluppo umano. Cf. F. IMODA. *Sviluppo Umano Psicologia e Mistero*, (Bologna, 2005²), 105-125

²⁷ Para profundizar sobre este aspecto Cf. M. DIANA, *Ciclo di vita ed esperienza religiosa*, (Bologna, 2004).

podemos decir por los cambios que se presentan en los que incluye diferentes tipos de vínculo y formas de amar a Dios.

La primera etapa se caracteriza por un «amor de agradecimiento» en el que Teresa descubre su condición humana, su vulnerabilidad antropológica, su pobreza y pequeñez (Cf. M 1.2.1). Esta aceptación de la propia condición frente al amor gratuito de Dios²⁸, genera en ella un profundo amor de agradecimiento. Con este paso, se inicia un nuevo modo de amar y relacionarse: «un amor de enamoramiento». Aunque ella se sentía atraída profundamente y en movimiento hacia la relación con Cristo, es solo ahora cuando entra con la totalidad de su ser, y lo hace desde lo más profundo de su corazón o «centro del alma»²⁹. Se trata de un amor apasionado que «la ha sacado de sí»³⁰, un amor que tiene su «raíz en Dios» (M 5.3.9). Las obras que nacen de este amor las concreta siguiendo el evangelio: «Acá solas estas dos cosas que nos pide el Señor: amor de su Majestad y del prójimo» (M 5.2.7). La relación de intimidad y unión con Cristo la disponen no solamente a compartir su vida, sino también sus dolores e intereses por la salvación de la humanidad. De esta experiencia nace un vínculo de un amor que se hace más fuerte y profundo y se expresa en un «amor de solidaridad» con el que se inicia la tercera fase: el Esposo la ha dejado «herida de amor» (M 6.1.1) y se siente dispuesta a pasarlo todo por Él, quien le da la fortaleza³¹. Participa

²⁸ «que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor; y amar una bondad tan buena y una misericordia tan sin tasa» (M 1.1.3).

²⁹ Teresa habla de centro del alma. Este término no es un concepto de la tradición mística. Es considerado reflejo directo de la experiencia o reflexión personal de Teresa dialogada con Juan de la Cruz, que utiliza un término semejante: mi alma en el más profundo centro. Cf. T. ÁLVAREZ., *Diccionario de Santa Teresa*, (Burgos, 2002), 140-142. Para Teresa, el centro del castillo es el centro del alma (M 1.1.3) y en el centro del alma está Dios (M 1.2.8) y el espíritu del alma (M7.2.10). Por tanto cuando habla del centro del alma, está hablando de la presencia de Dios en el alma.

³⁰ «a quien vuestro amor Señor ha sacado de sí...» (CAD 1.12).

³¹ «allí nada no se teme de arte que se arroje muy de raíz el alma a pasarlo por Dios. Y es la causa que está siempre junta a su Majestad, que de allí le viene la fortaleza» (M 6.1.2).

sintiendo y padeciendo enfermedades, penas espirituales, persecuciones y grandes sufrimientos para salvar muchas almas. Pasa por la purificación de sus afectos y emociones, de su modo de amar y reaccionar, llegando hasta las raíces más hondas de su personalidad³², «padece» con Cristo y se va haciendo más semejante a Él.

La última etapa se caracteriza por un «amor de donación total» un amor que es universal, fecundo, y abierto a todos. La relación se abre progresivamente siempre más a la presencia de un tercero³³; a los otros cercanos que eran sus hermanas de comunidad (M 5.3.11), a la Iglesia (M 4.3.10; M Epílogo.4), y a la humanidad entera (M 7.3.6). Su amor es abierto, fecundo y generador de vida nueva. Un aspecto característico de la relación con Dios es que, cuando crece la intimidad y el amor, crece proporcionalmente la apertura y el amor a los demás: a mayor cercanía con Dios, mayor amor al prójimo. Se trata de una relación que se fortalece y crece hasta llegar a la mutua pertenencia³⁴, en la que el compromiso y la intimidad son la clave de apertura a los demás.

³² Cada vez se acepta más que los santos tuvieron un estilo de personalidad con rasgos concretos en los que se manifiestan aspectos del inconsciente. En el pasado, la psicología y la mística aparecían con puntos irreconciliables; si se decía que había manifestaciones de personalidad histérica se creía que esto anulaba la verdad de todas las experiencias vividas, sin hacer una verdadera distinción, tanto en el campo de la teología espiritual, como en el campo psicológico, ya que, de fondo, el conflicto se jugaba entre visiones antropológicas en ocasiones irreconciliables. Normalmente, la acción de la gracia se da en sujetos con una personalidad definida. Dios se revela y manifiesta en nuestro modo de ser. Teresa de Jesús, con una personalidad concreta y con una enorme capacidad de análisis y escrutinio sobre sí misma, discierne con criterios objetivos si las experiencias eran de Dios o no.

³³ Para la comprensión de este concepto. Cf. D. WINNICOTT, «Transitional Objects and Transitional Phenomena», *The International Journal of Psycho-Analysis*, 34, 2, (1953), 89-97. «The intermediate area of experience unchallenged in respect to its belonging to inner or external (shared) reality constitutes the greater part of the infant's experience and throughout life is retained in the intense experiencing that belongs to art and religion and to imaginative living and to creative, scientific work», 97.

³⁴ «porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar de ella» (M 7.2.3).

En la evolución de este proceso relacional, Teresa nos revela a un Dios que, al inicio, le pide que ella tenga la iniciativa, pero poco a poco Él mismo interviene directamente, y se hace Sujeto de relación³⁵. Se trata de una comunicación progresiva de su presencia que va dilatando el corazón a la medida de Dios hasta llegar a una integración divina y humana que tiene su culminación en el Matrimonio Espiritual «a donde divino y humano junto es siempre su compañía» (M 6.7.9).

3.2. *Tensión y lucha interior*

La oposición de fuerzas internas que Teresa experimentó en su vida, le hacía vivir en una fuerte tensión dialéctica³⁶. En las tres primeras moradas se hace muy evidente la lucha entre el vivir en el exterior o el interior, en la oscuridad o en la luz representada por Cristo que es el Sol que ilumina el Castillo³⁷. En las siguientes moradas, la dialéctica se da entre el vivir en lo natural o lo sobrenatural (M 4.1.4), entre la acción con Marta, o la contemplación con María (M 7.1.10; V 22.8), hasta llegar a la integración en la que Marta y María están juntas (M 7.4.12).

Teresa elabora la ansiedad y el conflicto interior en el camino de la fe. En el libro de la Vida lo manifiesta más abiertamente, y narra cómo, desde pequeña, buscaba a Dios y tenía ansias de trascendencia: «era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad» (V 1. 4). Sin embargo, al entrar en la adolescencia y posteriormente durante casi 20 años pasó un mar tempestuoso³⁸. «De-seaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una

³⁵ «se hace el sujeto y quiere seáis vos la señora y andar Él a vuestra voluntad» (C 26.4).

³⁶ Retomamos aquí el concepto de dialéctica de base usado por el P. Rulla en: LM. RULLA, *Anthropology of the Christian Vocation*, (Rome, 1986), 150-152.

³⁷ «a todas partes de ella se comunica este sol que está en el palacio» (M 1.2.8).

³⁸ «Por estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso casi veinte años, con éstas caídas y con levantarme y mal —pues tornaba a caer— y en vida tan baja de perfección, que ningún caso hacía de pecados veniales, y los mortales, aunque los temía, no como había de ser, pues no me apartaba de los peligros» (V 8.2).

sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar» (V 8.12). Se encontraba en un conflicto interno entre sus profundos deseos de encontrar a Dios y el sentirse atada a sus contentos y pasatiempos sensuales: «Sé decir que es una de las vidas penosas que me parece se puede imaginar; porque ni yo gozaba de Dios ni traía contento con el mundo; cuando estaba en los contentos del mundo en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios las afecciones del mundo me desasosegaban» (V 8.2).

La ansiedad³⁹ creada por la distancia y la imposibilidad de reconciliación de estos «dos contrarios» le llevaron a moverse hacia un camino de reconocimiento de su verdad en medio de luchas, sufrimientos y confianza en Dios. Cuando recibe la gracia de la conversión⁴⁰ da un salto cualitativo en su largo proceso de búsqueda. Ahora, quería encontrarse con la Verdad de Dios desde lo más hondo del alma y sin ambigüedades.

3.3. *Salto cualitativo de crecimiento*

A lo largo del proceso, Teresa se sabe la misma desde las primeras a las séptimas moradas, se vive en continuidad, sin embargo, va cambiando, se va reestructurado interiormente de tal manera, que no se reconoce a sí misma⁴¹. Esta característica de continuidad en su largo proceso de transformación es lo que entendemos como la maduración de la identidad del «yo» de la persona⁴².

³⁹ T. G. WALSH, «Writing Anxiety in Teresa's Interior Castle», *Theological Studies* 56, (1995), 251-278. El autor estudia la ansiedad que vivió la santa a lo largo de su vida.

⁴⁰ «Pues ya andaba mi alma cansada y aunque quería no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allá a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que en mirándola toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros» (V 9.1).

⁴¹ «Yo os digo de verdad que la misma alma no se conoce a sí» (M 5.2.7).

⁴² Può essere riferito qui il parametro tra l'essere e il divenire. Cf. F. IMODA. *Sviluppo Umano Psicologia e Mistero*, (Bologna, 2005²), 123-129.

En el libro del *Castillo Interior* sistematiza las experiencias vividas y nos presenta siete estadios en los que podemos distinguir, fundamentalmente, los saltos cualitativos en la configuración de la persona.

El primer salto se da a lo largo de las tres primeras moradas, en las que la persona ha intentado liberarse de los propios vicios y tendencias para disponerse a la vida en Cristo. Esto ha sido posible por la ascesis, la separación y el desprendimiento de Teresa en relación a su tendencia a vivir derramada y absorta hacia el exterior. Dice que esto le quitaba la fuerza para decidir y volverse hacia dentro y especifica las áreas de su trabajo en este camino: su cuerpo⁴³, sentidos, y potencias que se dejaban llevar hacia el exterior⁴⁴. Sin embargo, en las etapas posteriores, los incluía como partícipes de las experiencias de encuentro con la Humanidad de Cristo.

El segundo salto consiste en pasar de un centramiento en sí misma a la aceptación realista de su propia verdad y considerarse una persona con límites y cualidades, asumiendo su pobreza⁴⁵ y vulnerabilidad. La persona se va recuperando paulatinamente en sus posibilidades de libertad, de autogestión, de apertura al reconocimiento de Dios como Otro diverso de sí. Se da cuenta de que a Dios no le puede usar para su interés y, a partir de este momento, se reorienta con todo su ser hacia Dios: ahora todo «su natural»⁴⁶ se siente en consonancia y armonía, dispuesta a responder a la llamada que está en el fondo de sí.

Con el tercer salto, se inicia un ensamblaje entre lo humano y lo divino, entre lo natural y sobrenatural. El cambio se manifiesta en que se ordenan los afectos: «la metió Dios en la bodega del vino y ordenó en ella la caridad» (M 5.2.12). De este encuentro hondo con Cristo

⁴³ Llama la atención considere el cuerpo y los sentidos, posiblemente porque careciendo de la formación que tenían los letrados de su tiempo, hablaba más desde su experiencia femenina que desde conceptos.

⁴⁴ «De los que comienzan a tener oración [...] que es muy a su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que, como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo» (V 11.9).

⁴⁵ A tenerse «por siervos sin provecho» (M 3.1.8).

⁴⁶ Teresa distingue entre lo que es humano como «natural» y lo que viene de Dios «sobrenatural».

nace el amor al prójimo⁴⁷. Ha sido «sellada con su sello» (M 5.2.12) que es el del amor, y esta experiencia hace germinar en ella la unidad de amor a Dios y amor al prójimo. La persona comienza a ser una criatura nueva, más semejante a Cristo.

El crecimiento continúa teniendo diferentes manifestaciones en el área cognitiva, afectiva y relacional. Se consolida y amplía una nueva forma de conocer la realidad, a partir de una mayor comprensión de la grandeza y de las verdades de Dios⁴⁸ que, sin saber cómo, «hállase toda la ciencia sabida ya en sí» (V 27.8). Como ya hemos dicho, la experiencia de encuentro con la Humanidad de Cristo sana las tendencias de su memoria afectiva (M 6.9.3-4). En las fuertes experiencias de ausencia de Dios, logra mantener una relación de continuidad amorosa⁴⁹. El ensamblaje entre lo humano y lo divino se hace más compacto en la medida en que la relación con Cristo se hace más estrecha⁵⁰. Invita a verle Resucitado y Glorioso sin separarse de su Humanidad; le ve como el Amigo verdadero⁵¹ y su

⁴⁷ «tan ordenada (la caridad) que el amor que tenía al mundo se le quita; y el que a sí, le vuelve en desamor; y el que a los deudos (familia), queda de suerte que sólo los quiere por Dios; y el que a los prójimos y el que a los enemigos [...] es muy crecido; el que a Dios tan sin tasa que la aprieta algunas veces» (CAD 6.13).

⁴⁸ A este salto cualitativo le podríamos llamar desarrollo del «yo cognitivo» que lo adquiere en la relación con Dios.

⁴⁹ Se dan aquí características semejantes a lo que en psicología se llama «la constancia del objeto», donde aparece una capacidad de mantener una relación continua con el objeto percibido cognitiva y afectivamente en cuanto que existe independientemente de que se le perciba o no. Cf. R. MELITO, «Cognitive Aspects of Splitting and Libidinal Object Constancy», *Journal of the American Psychoanalytic Association* 31, (1981), 529-535.

⁵⁰ Teresa identifica como una evasión espiritualizante el huir de la Humanidad de Cristo (M 6.7.6), le parece que es un rechazo a la aceptación del cuerpo y de los límites humanos, una falta de humildad (V 22.5), y resistencia a aceptar el sufrimiento humano y la pasión.

⁵¹ «Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es Amigo verdadero» (V 22.6).

«Humanidad Sacratísima» (V 22.6) es el Camino seguro para ir al Padre⁵².

El último salto cualitativo de crecimiento lo podemos individuar en las séptimas moradas, en las que Teresa nos revela que ha encontrado su identidad como mujer al descubrir en ella la semejanza de la imagen de Dios, Cristo en ella: «Que yo sé que te hallarás/ en mi pecho retratada,/ y tan al vivo sacada,/ que si te ves te holgarás,/ viéndote tan bien pintada» (P 8). Ha visto la imagen original de sí misma⁵³, y la percibe reflejada en su propia vida: «su vivir es Cristo» (M 7.2.5). Explica que la razón por la que Dios hace estas gracias es para hacer posible en nosotros la vida de Cristo (M 7.4.4).

4. CONCLUSIONES

Teresa, como un «quién» histórico y concreto, se va construyendo en su caminar a través de su relación personal con Cristo. A medida que profundizaba en este encuentro descubría las dimensiones y el sentido de su vocación como una respuesta en la historia. El desarrollo de su identidad y la propia vocación se entrecruzaban en un mismo camino como una transformación en Cristo. Esta metamorfosis hizo que lo más genuino y personal de Teresa se desarrollara en plenitud en todas sus cualidades y potencialidades humanas; en su inteligencia y sabiduría, en su capacidad de amar y de entregarse totalmente, involucrándose en el momento histórico que le tocó vivir y dando su aporte para mejorar la Iglesia y la sociedad de su tiempo.

En ella se realiza algo que podemos ver como posibilidad para todos. En su proceso, constatamos cómo las estructuras humanas entran en diálogo con la llamada divina y cómo la disposición de estas estructuras favorece la transformación de la persona en el diálogo

⁵² «Si pierden la guía que es el Buen Jesús, no acertarán el camino [...]. Porque el mismo Señor dice que es camino; también dice el Señor que es luz y que no puede ir ninguno al Padre sino por El», (M 6.7.6).

⁵³ «Parecíame en todas las partes de mi alma le veía claro como en un espejo, y también este espejo —yo no sé decir cómo— se esculpía todo en el mismo Señor por una comunicación que yo no sabré decir, muy amorosa» (V 40.5).

divino y humano. El deseo de conocimiento personal desde una perspectiva de trascendencia cristo-céntrica abre el horizonte hacia una plenitud inscrita antropológicamente en todo ser humano. La dinámica que activa este movimiento existencial se da a través de una relación afectiva que involucra a toda la persona y pone en evidencia la distancia que hay entre su llamada a la plenitud y sus opciones en la vida cotidiana y concreta. Esto le hace experimentar una gran ansiedad y lucha interior para crecer. Los saltos cualitativos que realizan la metamorfosis de la persona se dan cuando esta se apropia de las actitudes de Cristo y deja actuar en ella la gracia de Dios.

Tiempos «recios» fueron los de Teresa y tiempos «recios» son los que nos toca vivir, tiempos de grandes desafíos y cambios en el mundo, en la sociedad, en la Iglesia. «El Espíritu Santo nos necesita» como ha dicho el papa Francisco⁵⁴. ¡Dispongamos todas nuestras capacidades humanas para que Dios haga su obra en nosotros como lo hizo en esta mujer! Ella sigue «dando voces» para invitarnos a vivir una relación de amistad con Quien cambiará nuestra vida para siempre:

«¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero; y como poderoso, cuando queréis podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren! [...] ¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos Señor de todas ellas, nunca faltáis [...] ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma!» (V 25.17).

⁵⁴ FRANCISCO. *Discurso del Santo Padre a los fieles de la Diócesis de Roma*. 18 de septiembre 2021. <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/september/documents/20210918-fedeli-diocesiroma.html> (consultada el 20 noviembre 2021)

